

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

La Novela Semanal Cinematográfica



PROPAGANDA

**EL
VIKING**

por
Pauline
Starke

50 cts.

BIBLIOTECA

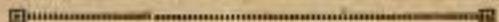
Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BUSTAGNE

Pedaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Tel. 18861



El Viking ⁽¹⁹²⁹⁾

Película de aventuras, totalmente en ténicolor

Dirigida por R. William Neil

Interpretes:

Pauline Starke, Donald Crisp, Le Roy Mason, Anders Randolph, etc.



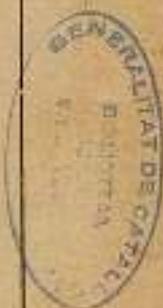
Producción **Metro-Goldwyn-Mayer**

Distribuida por

**Metro - Goldwyn - Mayer
Ibérica, S. A.**

Mallorca, 220

BARCELONA



Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

TIPOGRAFÍA BARCELONA-ARBAU, 30.-TELÉF. 7567-BARCELONA

El Viking

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

Hace unos mil años había en el norte de Inglaterra un castillo donde moraba una familia nobilísima, de grandes hazañas de guerra, de triunfales torneos, de gentilezas y heroísmos.

El último varón de la familia era un joven de fina gallardía, gentil y atlético al mismo tiempo, esforzado hasta la temeridad, pero prudente y discreto en todos sus actos.

Vivía en el castillo con su madre y con

su hermana, únicos vestigios de la familia de los Alwin.

Hacía mucho tiempo que no habían resonado en el castillo ni en toda la comarca los clarines de guerra.

Todo era paz en la noble vivienda, una paz llena de fe cristiana y de purísimos ideales. El joven Alwin distraía la destreza de su brazo en cacerías y torneos, donde triunfaban siempre su lanza y su espada.

Pero he aquí que un día, inopinadamente, resonó un grito angustioso en el interior del castillo.

—¡Los Vikings!

El joven Alwin se apresuró a acudir al lugar de donde procedía la voz y vió a su madre junto a una ventana y mirando, aterrada, al exterior.

—¿Qué pasa, madre?

—¡Los Vikings, que están asaltando el castillo!

La hermana del joven rezaba ante un crucifijo. Las siervas habían caído de rodillas y oraban también. La madre estaba petrificada por el terror.

Fuera se oía una algarabía infernal. Resonar de aceros y trepidar de herraduras.

—¡Pronto! ¡Huid todas por aquella puerta!—gritó el joven.

Y añadió, dirigiéndose a sus hombres:

—¡A las armas!

Pero era ya demasiado tarde. Todas las puertas del salón estaba tomadas por los asaltantes.

El joven Alwin luchó bravamente, pero no pudo defender la vida de los suyos. Los piratas luchaban a razón de diez contra uno y la derrota fué inevitable. Sólo quedaron vivos los jóvenes robustos y las mujeres hermosas. Aquéllos, vendidos como esclavos, aumentarían el botín; éstas servirían para saciar los impuros apetitos de los asaltantes.

Entre los primeros figuraba el joven Alwin, el cual, al verse atado y esclavizado, al verse vencido y humillado cerca de los cuerpos exánimes de su madre y de su hermana, se dijo que hubiera preferido morir.

* * *

Los Vikings eran el terror de toda la costa europea. Tenían en Noruega sus reales y allí vivían como príncipes, respetados y obedecidos por millares de afiliados. De vez en cuando, estos hombres, duchos en el manejo de las armas, se embarcaban en sus galeras y, al mando de los capitanes del Viking, descendían por el oeste europeo, asaltando y asolando comarcas enteras para obtener un botín que a su regreso ofrecían al Viking.

Eran los más temibles piratas que han conocido los siglos. Cuando las velas cuadrangulares y policromas aparecían en el horizonte, la comarca temblaba de espanto. Si tenían tiempo, las mujeres huían, en tanto los hombres se aprestaban a una heroica defensa, que acababa siempre trágicamente.

Eran los piratas más temibles y poderosos que han conocido los siglos.

* * *

Todos los prisioneros fueron a parar a un mercader de esclavos cuando los piratas regresaron a Escandinavia.

Alwin, naturalmente, se hallaba entre ellos.

Una indignación sorda le consumía al verse con las manos encadenadas en el lóbrego recinto de un viejo avaro que le vendería como un objeto al que ofreciera por él algunas monedas más de las que él, el viejo usurero, había pagado.

Estaba sentado en un duro banco de madera que se extendía alrededor de toda la estancia y acompañado por otros que habían corrido su misma suerte, cuando, a través del marco de la abierta puerta, presencié una escena que atrajo poderosamente su atención.

Acompañada de un guerrero, acababa de llegar una joven. Los dos llevaban el traje de guerra de los Vikings y los dos iban a caballo. Sólo les faltaba la rodela y la lanza para dar la impresión de que iban en

son de ataque a la cabaña del viejo mercader.

Tan desenfrenada era la carrera de los corceles, que un traspié del caballo hizo caer a la joven por encima de la cabeza del animal, el cual pasó sobre ella, arrancando un grito angustioso de los que habían presenciado la escena.

El guerrero que la acompañaba saltó de su caballo y acudió en auxilio de la caída, al mismo tiempo que el mercader salía de la cabaña dando voces que denotaban su contrariedad por el suceso.

La joven se había puesto en pie y se sujetaba la muñeca izquierda con la mano derecha, pero sin hacer grandes aspavientos. Sus gestos, más que de dolor, fueron de ira: se mordió el labio inferior y golpeó el suelo con el pie.

El acompañante y el mercader se apresuraron a conducir al interior de la choza a la joven y el último fué en busca de una venda y de agua para curar la lesión.

En medio de su indiferencia y de su altivo desdén por todo lo que le rodeaba, Al-

win sintió un algo así como una sombra de interés por aquella joven intrépida.

El prisionero que estaba al lado de Alwin explicó a su vecino de modo que el noble le oyó:

—Es Helga Nilson, la hija adoptiva del viking Leif Ericsson. El padre de Helga era uno de los más queridos capitanes del Viking y cuando murió y la muchacha quedó huérfana, Ericsson la recogió.

La leve curiosidad que Alwin sentía hacia la intrépida joven aumentó, bien es verdad que muy ligeramente. Bajo el metálico casco de guerra asomaban los cabellos rubios de la hija adoptiva del Viking. Una cota de malla ceñía su busto, fuerte y joven, dejando al descubierto la curva superior del seno breve y una falda muy corta, con ribetes dorados, cubría la mitad inferior del cuerpo, sin ocultar la gracia de las rodillas, blancas y redondas, ni el principio del muslo, fino y musculado.

La decisión y la energía regían todos sus movimientos. Miraba con una franqueza un poco dura, pero sin hostilidad.

El mercader lanzaba dolorosos lamentos

cuando depositaba junto a Helga la vasija que había llenado de agua y el vendaje, disponiéndose a curarla.

—Quieran los dioses que no sea nada. Si Ericsson supiera que te has herido en mi casa me desollaría a latigazos.

Y trató de coger la mano lesionada de la joven, pero ésta le rechazó.

—No es nada. Se me ha dislocado la muñeca y eso tiene fácil arreglo. Mi amigo Sigurd me vendará.

Sigurd, que éste, por lo visto, era el nombre del guerrero que la acompañaba, procedió a servir a Helga y le hizo una cura ruda y rápida que la joven soportó sin lanzar un grito.

Después se levantó Helga y dirigió a su alrededor una mirada.

—¡Buena compra has hecho, amigo mío! —dijo al mercader.

De pronto, sus ojos se detuvieron sobre Alwin. Aquel esclavo no se parecía en nada a los demás. Emanaba de todo él una singular gallardía. Tenía más de paladín que de esclavo, más de señor que de siervo. Además, era joven y hermoso.

Helga se acercó a él.

—¿De dónde procedes?—le preguntó.

Alwin la miró fríamente de arriba abajo y le volvió la cabeza.

Por primera vez había sido Helga des-



De pronto, sus ojos se detuvieron sobre Alwin.

preciada por un hombre. Su indignación fué tan grande, que se estremeció y un flamígero relampagueo pasó por sus ojos.

Después se volvió hacia el mercader: —¿Cuánto quieres por este esclavo?

—Tres monedas de plata.

—Te lo compro.

Alwin se había puesto en pie en una convulsión. Aquella venta de su persona era algo espantoso e insufrible para su dignidad.

Se encontró con los ojos azules de Helga y vió en ellos una dura mirada de triunfo que acabó de exasperarle.

Pagó la joven al mercader las tres monedas de plata y el viejo le quitó las cadenas de las manos.

—Debo prevenirte que tiene el genio duro y que debes vigilarle estrechamente—dijo el mercader.

—¡Bah! Esos consejos son innecesarios para Helga Nilson.

Y cuando se volvió para dar a Sigurd la orden de partir vió que éste tiraba del brazo de una bella esclava.

—Esta para mí—dijo al mercader arrojándole una moneda de plata.

Helga sonreía, satisfecha.

—Hemos hecho dos buenas adquisiciones. Vamos a producir sensación en el

campamento cuando nos vean aparecer con dos esclavos.

II

En efecto, produjeron sensación.

La esposa de Sigurd, al ver llegar a su marido con una bella joven, se fué hacia él, dispuesta a anticiparse a Gene Tunney mediante una demostración pugilística, pero Sigurd no la dejó hablar.

De un empujón arrojó la esclava a sus pies y le dijo:

—La he comprado para que te sirva.

La bélica esposa cambió instantáneamente de expresión y dió las gracias a su maridito con una palmada en un hombro que le obligó a dar una vuelta entera sobre su eje.

Sigurd, que era también muy cariñoso, descargó su puño sobre los cien kilos de su esposa y la mole no cesó de dar pasos atrás hasta encontrar un punto de apoyo. Pero el triunfo fué al fin para ella. El va-

liente capitán rodó por el suelo a la nueva caricia de la esposa.

Pero quien verdaderamente produjo sensación en el campamento fué el esclavo de



— *Esta para mí.*

Helga, aquel arrogante joven de bellos ojos y altiva mirada.

— Necesitaba un hombre que cuidara de

mis caballos—explicó Helga—y lo he comprado.

Entre los cientos de miradas, Helga percibió una extraordinariamente dura y francamente hostil.



... *produjeron sensación.*

Comprendió y sonrió. Era la mirada de "Egil el Negro", piloto y capitán de Ericsson, que ardía de amor por ella.

Egil el Negro ora el más diestro y distinguido de los capitanes de Ericsson. Sólo el Viking podía disputarle la supremacía

en el manejo de las armas. Tampoco en gentileza había tenido rival fuera de Ericsson... y he aquí que ahora se presentaba en el campamento aquel joven cuya aristocracia se evidenciaba en todos sus movimientos y en todas sus actitudes.

Y, por añadidura, estaría al servicio de Helga, en continua relación con ella, en continuo peligro de enamorarse y de enamorarla.

—¡Egil!— gritó Helga—. ¿Qué te parece mi esclavo?

Egil se acercó a Helga y repuso, mirando a Alwin fijamente:

—Me parece una mala adquisición. Tiene cara de insolente. Habrás de utilizar con demasiada frecuencia las disciplinas.

Fulgararon los ojos de Alwin. Algo fué a decir, pero se contuvo, pensando de pronto que el desdén era más propio de un hombre de su clase.

—Lleva mi caballo al establo. Pregunta a cualquiera y él te conducirá.

Obedeciendo a esta orden de Helga, Alwin saltó con agilidad al lomo del corcel y emprendió rauda carrera.

Un grito le detuvo.

Era Helga.

Esperó impávido la nueva orden.

—¿Cómo se entiende? ¡Un esclavo montar un caballo de su dueña! ¡Baja de ese animal que es cien veces más noble que tú!

Bajó Alwin de un salto.

Esta vez no pudo soportar el insulto.

Mirando a Helga fijamente, le escupió al rostro estas palabras:

—¡Te desprecio!

Egil intervino rápidamente. La muerte le pareció el castigo más adecuado para el acto de rebeldía. Desenvainó la espada y alzó el brazo para dejar caer el acero oblicuamente sobre el cuello del esclavo.

—¡Quieto, Egil!—le detuvo Helga—. ¿Qué diría Ericsson si te viera manchar tu espada con la sangre de un esclavo?

Y antes de que le pudiera replicar, volvió a decir a Alwin:

—Lleva el caballo donde te he dicho... pero a pie.

Cuando el joven se alejó, Egil explicó la causa de su arrebato.

—Tengo celos de ese hombre. Tengo ce-

los de todo cuanto te rodea. ¡Te amo locamente, Helga mía!

Pero ella rió con una risa que desgarró el corazón del capitán.

—No quiero oír hablar de amor, Egil. Y menos a ti. Eres un antiguo amigo y sería una lástima que esta amistad se desvaneciera. El amor me parece ridículo. Sólo me produce risa.

Y echó a correr, seguida de la ávida mirada de Egil, hacia la tienda de Ericsson.

III

Aquella noche los más significados jefes de los vikings se reunieron en la corte del rey Olaf, el primer monarca cristiano de Noruega.

El rey Olaf era un creyente entusiasta y propagaba la nueva fe con verdadero fervor.

En una espaciosa estancia de su palacio, un sacerdote decía una misa ante un crucifijo y todos los siervos del rey la escu-

chaban, practicando los ritos de la cristiana ceremonia.

En un rincón, sentados en lechos de cojines, estaban el rey Olaf y el famoso Leif Ericsson, atentos a la ceremonia.



El rey Olaf era un creyente entusiasta...

No hay palabras para describir la dominante arrogancia que se leía en los ojos y en la actitud del poderoso Leif Ericsson. Su ancha espalda, su tórax combado de atleta, su cuello recio y erguido, los brazos

cuyos músculos se acusaban al más leve movimiento, su aventajada talla... todo hablaba en él de poder y dominio, de fuerza y de intrepidez.

Era joven. Por eso sus miembros, además de la fuerza, poseían la agilidad para emplearla con el mayor rendimiento.

Después de la cristiana ceremonia, el rey Olaf obsequió a sus invitados con un festín, donde el vino hizo tales estragos, que a media noche sólo había en el palacio dos hombres que conservaban la serenidad: el rey Olaf y Leif Ericsson.

Estaban enfrascados en una charla que debía de ser muy interesante para ambos, pero que a Ericsson, más que interesar, apasionaba, a juzgar por los gestos vehementes con que acompañaba sus manifestaciones.

—Tengo entendido —le había dicho el monarca— que os hacéis a la mar en breve. ¿Acaso pensáis volver a Groenlandia, al lado de vuestro padre?

—A Groenlandia voy, señor, pero no para quedarme allí, sino para aprovisionarme y continuar un largo viaje que tengo

proyectado. Cuando salí de Groenlandia, la tierra descubierta por mi padre, Eric el Rojo, y donde mi padre gobierna, lo hice con ánimo de independizarme para siempre. No me bastaba ya con ser el hijo del Viking; quería ser viking también yo, quería descubrir tierras y fundar pueblos; quería ser digno hijo de mi padre.

—Habéis conseguido lo que os proponáis, Ericsson. Vuestros dominios en la costa de Noruega son muy extensos. Tenéis a millares los súbditos, que os obedecen y os siguen ciegame... Pero decidme: ¿qué viaje es ése que tenéis proyectado?

—Muy sencillo, señor. Poner proa al Oeste y navegar, navegar...

—¿Hasta dónde?

—Hasta el fin, hasta que una nueva tierra me corte el paso.

—¿Tenéis fe en que hay una nueva tierra hacia el Oeste?

—Sí. Los viejos geógrafos sostienen que poco más allá de Groenlandia está el fin del mundo, que el mar se precipita en un abismo sin fondo, pero yo no lo creo. Yo creo que en el Oeste hay nuevas tierras.

—Es una aventura digna de Leif Ericsson—dijo el monarca.

—Estoy seguro de que no hallaré esos monstruos marinos que los cartógrafos colocan en sus mapas, asegurando que guardan el fin del mar y del mundo.

—Eso mismo creo yo, y por eso celebro que haya un hombre intrépido como tú, dispuesto a probarlo.

Y, descolgando un crucifijo que pendía de su cuello, se lo colgó a Leif Ericsson.

—Toma. Yo sé que en el fondo de tu pecho palpita la fe cristiana. Que este Cristo te proteja y te acompañe en tu aventura.

Leif Ericsson estuvo un instante absorto en la contemplación de la pequeña cruz. Después la besó y la guardó en su pecho.

* * *

Egil el Negro, el despechado adorador de Helga, oyó el resonar de una trompa en medio del campo.

Acudió al lugar donde el vibrante sonido se producía y vió que era un viejo músico el que hacía sonar el cuerno de guerra.

—¡Calla de una vez, maldito viejo! ¿Qué significa ese ruido de buena mañana?

—Estoy llamando al esclavo de Helga, el cual ha desaparecido una vez más.

—¡Que se vaya al diablo! ¡Deja ese cuerno o te lo romperé en las costillas!

Pero Helga había aparecido en este momento y, apeándose del caballo rápidamente, impidió que Egil consumara sus propósitos.

—Deja que llame a mi esclavo. Se lo he ordenado yo.

Aunque no de buen grado, Egil obedeció.

—Parece difícil de gobernar ese esclavo—dijo burlescamente.

—Eso no es de tu incumbencia—replicó Helga, sin poder contener su indignación—. El esclavo es mío y sólo yo puedo hacer de él lo que me plazca. Si es rebelde o no, eso corre sólo de cuenta mía.

Y volvió a subir al caballo y se dirigió a la costa, seguida de Egil el Negro, que entreveía una ocasión de desahogar sus iras.

No tardó Helga en dar con Alwin. Esta-

ba el joven tendido en la playa y absorto en la lectura de un libro.

Helga bajó del caballo. En sus ojos relampagueaba una cólera intensa y profunda, una ira desesperada que la hacía temblar.

—¿Quién te ha dado permiso para holgar, vil esclavo?

Alwin alzó la mirada del libro para fijarla despreciativamente en el rostro de su dueña.

La réplica fué inmediata. Helga echó mano de las disciplinas que llevaba en el cinto y cruzó con ellas las espaldas del esclavo.

Como movido por un resorte, Alwin se levantó y arrancó a la tirana las disciplinas de las manos, arrojándolas al mar.

Esta era la ocasión que esperaba Egil el Negro.

Todos los soldados que presenciaron la escena se abalanzaron sobre Alwin y le sujetaron. Egil el Negro, que había aparecido sobre las huellas del caballo de Helga, se abalanzó también sobre Alwin, pero no pa-

ra sujetarle, sino para que probara los filos de su espada.

Ya tenía el acero en alto, ya iba a caer sobre la cabeza del esclavo, cuando Helga intervino, como había intervenido otra vez.

—¿Serías capaz de manchar tu espada de guerrero con la sangre de un esclavo indefenso?

Aquello era ya demasiado para la paciencia de Alwin. Tanta humillación, tanto desprecio iba a hacer estallar su sangre noble.

—Dadme una espada y sabréis de una vez cómo es mi sangre.

En una violenta sacudida, casi se había desprendido de los brazos que le sujetaban.

La réplica de Egil el Negro fué una carcajada que acabó de humillar a Alwin.

Pero una voz bien conocida hizo volver a todos la cabeza.

—¿Desde cuándo uno de mis hombres desprecia el reto de un valiente?

Era Ericsson, que había sido espectador del final de toda la escena. La había seguido desde lejos con creciente curiosidad.

Aquel esclavo se estaba comportando con una gallardía sorprendente.

Todos contemplaban a Ericsson con respeto. Todos se habían apartado para dejarle pasar.

Y el Viking avanzó hasta el centro del grupo y ordenó:

—Saltadlo y dadle una espada y una rodela.

Varios aceros se le brindaron instantáneamente. Alwin cogió uno al azar y esperó en el centro del corro a que Egil se pusiera en guardia.

Fué una lucha breve y emocionante. Los dos eran hábiles esgrimidores y los espadaños eran indefectiblemente detenidos por las rodelas. Ni uno ni otro daba tregua a su brazo. Pero, de súbito, se oyó un estampido y un trozo de espada saltó por encima del corro de espectadores.

Era la espada de Egil la que se había roto. Era Egil el que había quedado a merced de Alwin.

Y cuando todos creían que el esclavo iba a aprovechar la ocasión para acabar de vencer a su odiado y tiránico rival, vieron

con sorpresa que Alwin abatía su espada en un caballeroso gesto, perdonando la vida al famoso capitán.



Era la espada de Egil la que se había roto.

—Ya ves, Egil—dijo Ericsson—, que este hombre no merece ser despreciado... Ahora vete a mi tienda y espérame allí.

He de darte las últimas instrucciones sobre el viaje que vamos a emprender.

Y añadió, dirigiéndose a todos los soldados que formaban el grupo:

—Y vosotros id también a hacer vuestros preparativos.

Obedecieron todos intantáneamente y entonces, cuando estuvieron solos el Viking y su hija adoptiva, acompañados únicamente por el bravo Alwin, dijo Ericsson a Helga:

—Nunca hubiera creído que fueras capaz de azotar a un valiente como ése.

—No sabes lo que me alegra el oírte hablar así, Leif Ericsson. Le he azotado contra mi voluntad, como el que cumple una enojosa obligación. A mí también me parece un valiente.

—Haría un excelente soldado.

—Pruébalo, Leif Ericsson. Te lo ofrezco como presente.

—Acepto, Helga. Es un buen regalo... ¿Oyes, Alwin? Desde hoy me perteneces en calidad de soldado. Llévate mi caballo y acude después a mi tienda.

Alwin dió las gracias al noble Ericsson

y montó a su caballo, desapareciendo como una flecha en la espesura.

—¿Ves? Le pierdes su insolencia. ¿Dónde se ha visto que un soldado monte el caballo del Viking?



Le he azotado contra mi voluntad.

—Lo que debes decir, Helga, es dónde se ha visto que un soldado monte tan magistralmente.

Y rodeando cariñosamente los hombros de la joven con su fuerte brazo, la condujo

hacia el campamento y la aconsejó de este modo durante el camino:

—Debes darte cuenta de que ya no eres una niña y es conveniente que reprimas tus inoportunos arrebatos. A tu edad resulta inadecuado que andes siempre mezclada con mis guerreros. Aprovechando este viaje en que he de detenerme en Groenlandia, te llevaré al palacio de mis padres y allí permanecerás hasta mi regreso.

Cuando llegaron al campamento reinaba en él extraordinaria animación. Era la víspera del día señalado para emprender el viaje.

IV

En Groenlandia, el imperio de Eric el Rojo, reinaba todavía el más primitivo paganismo.

Eric el Rojo era un hombre recio y fuerte, a pesar de su edad avanzada. Más corpulento que su hijo y también mucho más rudo, se comprendía el terror con que to-

dos le miraban en este momento en que aplicaba su ley y su justicia.

Estaba sentado ante una mesa, que golpeaba con la mano frecuentemente, haciéndola crujir.

A su izquierda escribía su secretario y delante de la mesa disputaban dos hombres, un mercader y un comprador engañado.

Con voz áspera, gruesa y estruendosa, Eric condenó al mercader a pagar a su cliente cinco monedas de plata por el daño que le había hecho.

Una tras otra, cayeron cuatro monedas en la mano del comprador.

—Falta una.

—No falta ninguna. Te he dado las cinco.

—¿Eres un embustero y un avaro vill! —vociferó el cliente, en tanto trataba de apoderarse de la bolsa del comerciante para tomar la moneda que le faltaba.

Este, que era más viejo y, por consiguiente, más débil, echó mano del cuchillo y el rival, para defenderse, empuñó también el suyo.

Un grito sobrehumano, una especie de rugido, hizo retumbar la estancia.

—¡Silencio!

Era Eric el Rojo, que reclamaba respeto a su insigne persona. Y como viera que no le obedecían, se fué hacia los que disputaban, les cogió del cuello y les zarandó como si fueran muñecos en vez de hombres.

—¡Villanos! ¿Os atrevéis a sacar el cuchillo en mi presencia? ¡Id a dar las gracias al gran Thor por no haberos hecho ajusticiar en el acto.

Y, de un empujón, les envió a los pies de un gran ídolo, de una grotesca figura de guerrero tallada en madera que había en un rincón de la estancia.

El gran Thor era para Eric y para su gente el único dios y le adoraban con un temor supersticioso.

El mercader y el comprador hicieron extrañas reverencias, pero en una de sus genuflexiones, del pecho del cliente surgió una cruz acusadora, pendiente de un hilo que la sujetaba a su cuello.

El mercader se apresuró a delatarle con feroz alegría.

—¡Es cristiano! ¡Es un traidor a nuestra fe!

La ira hizo temblar a Eric el Rojo cuando comprobó la acusación del mercader y,



... y, yendo en busca de un hacha...

yendo en busca de un hacha, quitó de un solo golpe la vida al que había traicionado al gran Thor, el dios de todos los dioses.

—¿Es posible que aun quede un cristia-

no en Groenlandia? — rugió después —. Pues bien: si queda aún alguno, sepa que también queda energía en mi brazo justiciero.

* * *

Dejando tras sí las costas de Noruega, Leif Ericsson emprendió el más famoso de sus viajes, la más arriesgada de las aventuras.

En la nave capitana iban el joven Viking, su hija adoptiva Helga, Sigurd el escudero y el joven Alwin. Egil el Negro ocupaba el puesto de primer piloto. Los demás eran esclavos, remeros al mando de Kank.

Sólo hacía un día que habían partido de la costa noruega, cuando Egil el Negro halló ocasión de humillar a Alwin una vez más.

Kank, el jefe de los esclavos, envidioso de la suerte de Alwin, le mandó que llenara un cuerno de cerveza para llevárselo a Egil el Negro, el cual lo acababa de pedir.

Alwin replicó con una mueca de desprecio y con un empujón que hizo caer a Kank sobre la borda.

A los gritos de éste, acudió Egil, y Kank le explicó:

—Se ha negado a llevarte la cerveza que has pedido.

El piloto se quedó mirando fijamente a Alwin.

—¿Ignoras que después del Viking soy el primer jefe de esta nave?

—No me importa lo que puedas ser.

—Tráeme al puente la cerveza.

—Desconozco el oficio de camarero.

—Si no me obedeces te mandaré azotar.

—Ese acto sería muy propio de tu cobardía.

Bastó una orden de Egil para que Alwin fuera conducido y atado al palo, donde, después de descubrir su pecho de un zarpazo, fué azotado por el remero más forzado.

Una y otra vez cayó el gato de siete colas sobre el blanco pecho de Alwin, el cual soportó el castigo heroicamente, sin proferir un solo lamento. Sólo una ligera sacudida expresaba su dolor cada vez que los

cordones de cuero y plomo caían sobre su carne, arrancando trozos de piel.

Helga, que estaba con Sigurd en el castillo de popa, intervino una vez más en favor de Alwin, arrancando al esclavo las disciplinas y arrojándolas al rostro de Egil, al mismo tiempo que profería esta dura y despreciativa palabra:

—¡Cobarde!

Al volver Alwin a su sitio, halló a Kank recostado en el barril de cerveza y sonriendo de su victoria. En un súbito arrebató, Alwin le cogió por la cintura y le introdujo la cabeza en el barril, soltándolo sólo cuando comprendió que el miserable Kank había bebido más cerveza de la que pensaba beber durante toda la semana.

La nueva algarabía que el incidente produjo fué tan estruendosa, que Leif Ericsson salió de su camarote para averiguar la causa del bullicio.

Egil el Negro se apresuró a darle cuenta de lo ocurrido, pero sólo consiguió que el Viking sonriera de la ocurrencia de Alwin y le llamara a su camarote.

—Quiero hacerte una pregunta, Alwin. Y añadió, mostrándole un gran mapa:

—Aquí está Groenlandia. Más al oeste sólo se ven horribles monstruos que guardan el fin del mar y del mundo. ¿Qué opinas tú de estos monstruos?

—Opino que no es cierto que existan.

—Entonces, ¿eres conmigo que hay más tierras al oeste de Groenlandia?

—Eso creo, Leif Ericsson. Casi seguro estoy de que triunfaréis en vuestro propósito.

Muy satisfecho el Viking golpeó afectuosamente la espalda de Alwin.

—No eres un hombre vulgar, amigo mío. Eres uno de los hombres que yo necesito para esta empresa. Desde hoy tendré más interés que nunca en guardarte a mi lado. Y para compensar tus buenos servicios comenzaré por nombrarte jefe de mis esclavos.

Continuaba la galera camino del Oeste. Ya estaban cerca de las costas de Groenlandia y también el corazón de Helga se aproximaba cada vez más al de Alwin.

Al mismo tiempo, se acrecentaban los ce-

los en el pecho de Egil. La tripulación jugaba frecuentemente a los dados y el piloto siempre ganaba. Un día le dijo Sigurd, burlescamente:

—Afortunado en el juego...

Y Egil cogió furiosamente la cubeta de los dados y la hizo trizas arrojándola contra el suelo.

Una noche contemplaba Alwin el mar desde la borda, absorto en el espectáculo de la estela de espuma que la galera dejaba a su paso por las aguas del Norte, cuando oyó cerca de él una voz que le decía:

—¿También a ti te gusta el mar?

Se volvió. Era Helga, Helga, cuyos cabellos de oro semejaban una llamarada al ser desprendidos y azotados por el viento bajo el esplendor tenue de la luna.

Sus ojos, azules, ya no miraban a Alwin como la señora mira al esclavo. Es más; había algo en ellos que revelaba un deseo de humillarse ante la voluntad del noble joven.

—Sí, también a mí me gusta el mar—repuso él en un tono concentrado y triste.

—Amigo Alwin, tengo contigo una deu-

da que quiero pagar en seguida. Es una deuda de gentileza, de cortesía. Yo no sabía quién eras; yo no sabía cómo eras. ¿Me perdonas?

—Nunca tuve nada que perdonar a una dama.

—Entonces... ¿No me detestas?

—No, Helga, no. No te he detestado nunca.

—¿Ni siquiera cuando te azoté con las disciplinas?

—Ni siquiera entonces. Alguna vez he tratado de odiarte, pero no lo logré. Esta es la verdad.

—¿Por qué?—preguntó Helga con una gozosa expresión de esperanza.

—No puedo decirlo, Helga, no puedo decirlo. Yo no soy más que un esclavo. Tú eres la hija adoptiva del Viking.

—Ya has dicho bastante, Alwin. Déjame que lo demás lo diga yo.

Y, atrevidamente, sin titubeos, cogió el rostro de Alwin con ambas manos y depositó en sus labios un beso.

V

Llegaron, por fin, los expedicionarios a las abruptas costas de Groenlandia. Inmediatamente, se corrieron las voces por todo el imperio de Eric el Rojo y no fué para dicha la alegría de éste y de su esposa al poder abrazar de nuevo a su hijo.

Helga produjo sensación. Había salido de allí cuando era una niña todavía y ahora era ya una mujer, una hermosa mujer que, al par que la alegría, despertó la admiración y el entusiasmo del pueblo.

Viéndola alejarse hacia el palacio en hombros de sus admiradores, Eric exclamó:

—Helga está transformada.

—¡Es muy bella!—replicó Leif.

La madre, con su instinto femenino, percibió algo más que admiración en el tono con que su hijo pronunciara aquellas palabras.

Y bastó una ligera alusión para que Leif confesara:

—Hace tiempo que he determinado casarme con ella.

Eric rió muy satisfecho.

—Entonces proclamaré tu boda en el banquete que celebraremos esta noche en honor de tu llegada.

Y la feliz familia siguió a Helga en su camino triunfal hacia palacio.

* * *

El padre de Kank estaba muy extrañado de no haber visto a su hijo cerca de Leif.

—¿Qué se ha hecho de Kank, el jefe de los esclavos de Ericsson?—preguntó a Egil el Negro, que en aquel instante pasaba por su lado.

—Tu hijo ya no es jefe de esclavos. Le ha quitado el puesto un joven cristiano procedente de Inglaterra.

El viejo no podía dar crédito a estas palabras. Después de mucho correr, logró dar con su hijo y quiso escuchar de sus labios lo que había oído de los de Egil el Negro.

—Es cierto lo que te han dicho, padre. Leif protege a los cristianos. El mismo se ha convertido al cristianismo.

El viejo quedó muy pensativo un instante. Después sonrió malévolamente.

—Si es eso cierto, no sabemos quién perderá más, si tú o Leif Ericsson.

Por la noche, cuando se estaba celebrando el banquete, el viejo puso en práctica el plan que había concebido.

Condujo a su hijo a presencia del joven Viking y dijo a éste:

—Me he enterado, señor, de que Kank no es ya jefe de tus esclavos. Dime la causa que te ha movido a destituirlo y lo degollaré en tu presencia.

—No me ha hecho nada que pueda ofenderme—repuso Ericsson—. Le he dado su cargo a Alwin sencillamente porque éste puede desempeñarlo mejor que él.

—¡Ah!—exclamó el anciano—. Ya sabía yo que mi hijo mentía. Es un perro cristiano.

Al oír estas palabras, el joven Viking montó en cólera y bramó, descargando un tremendo puñetazo sobre la mesa:

—¡Si vuelves a proferir tal insulto, el que morirá inmediatamente serás tú! ¡Yo también soy cristiano!

Eric se levantó de su asiento como movido por un resorte.

—¿Qué dices, Leif? ¿También eres cristiano tú? Si fuera eso cierto no respetaría ni siquiera que llevas mi misma sangre.

El padre de Kank se retiró, ocultando una sonrisa. Había conseguido dar cima a sus propósitos.

* * *

Ericsson se había dirigido al puesto que ocupaba su padre, firme el paso y resuelto el continente.

En vez de contestar a sus palabras, extrajo de su pecho el crucifijo que le había regalado el rey Olaf y se lo mostró.

Inmediatamente gritó Eric el Rojo:

—¡A las armas!

Y en seguida, de labios de Leif, surgió una segunda orden que los inmovilizó a todos:

—El primero de mis hombres que derrame una gota de sangre de un guerrero de mi padre morirá en mis manos.

Después dijo a Eric el Rojo, mirándole con grave pesadumbre:

—Nunca creí que mi padre se revolvi-
ra contra los que llevan su propia sangre.

—Cuando abandonaste los dioses de
nuestros antepasados dejaste de ser mi hijo.
Y repitió la terrible orden:



—Nunca creí que mi padre se revolviere
contra los que llevan su propia sangre.

—¡A las armas!

Mientras la madre de Leif se llevaba a
Helga a una de sus habitaciones para po-
nerla a salvo de los peligros del tumulto,

los hombres de Eric empuñaron sus armas
y Leif manifestó a Alwin en voz baja:

—¡A los graneros!

El joven Alwin, seguido de un grupo de
soldados, y comprendiendo perfectamente
la breve orden de Ericsson, se dirigió a
los graneros y estableció de allí a la costa
un cordón de hombres, que fué transpor-
tando las provisiones a los barcos.

El joven Viking se cuidó de contener la
furia de los guerreros de Eric y de su
propio padre, mientras Alwin cumplía sus
órdenes.

Desde una ventana presenció Helga el tu-
multo y comprendiendo que muy pronto
la galera que se veía en medio del mar
se alejaría con todos los que hasta entonces
habían sido sus amigos, concibió un arries-
gado proyecto, que se apresuró a poner en
práctica.

Se vistió de hombre, se vistió como uno
de los soldados de Ericsson y se descolgó
por las piedras que enmarcaban la ventana.

De allí se dirigió al granero y, cargada
con un saco que la hacía ir dando tumbos
de un lado a otro, llegó a la costa cuando

la última barca de Ericsson iba a partir en dirección a la galera. Tuvo el tiempo justo para saltar.

Ya estaba la barca lejos de la costa cuan-



El joven Viking se cuidó de contener la furia de su propio padre...

do Eric llegó a ella, blandiendo la espada.

La expresión de ira se desvaneció repentinamente de su rostro.

—Cristiano o no cristiano—exclamó—, siempre será el hijo de Eric el Rojo.

* * *

Estaba Alwin en las bodegas, terminando de arreglar las provisiones, cuando advirtió que un saco de trigo se movía y que por detrás de él asomaba un rostro blanco e inolvidable.

—¡Helga!

—¡Silencio!—dijo Helga saliendo de su escondrijo.

—¿Qué hacías ahí vestida de ese modo?

—No quería quedarme en Groenlandia, no quería permanecer mucho tiempo separada de ti. Ahora que estamos muy lejos de la costa y que ya no podréis hacerme volver al palacio de Eric, puedo anunciaros mi presencia tranquilamente.

Tan grande había sido la alegría de Alwin al ver a Helga a su lado cuando creía que había de permanecer alejado de ella mucho tiempo, que en un arrebato juvenil, lleno de entusiasmo y de amor, la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia su pecho.

—¡Te amo, Helga, te amo!

Y le aplastó los labios en un beso vehemente.

* * *

Cuando Leif Ericsson se enteró de que estaba Helga a bordo, se apresuró a ir en su husca para reprenderla.

De una oreja la condujo a su camarote y, una vez allí, le preguntó severamente:

—¿Por qué me has desobedecido?

—No quería faltar a la más grande de las aventuras.

Y añadió, aduladoramente:

—Además, mi querido Leif, no quiero estar mucho tiempo alejada de ti. Desde que perdí a mi padre tú has hecho sus veces. Juntos fuimos a todas tus aventuras y a todas tus exploraciones. ¿Cómo podía faltar a este emocionante y arriesgado viaje?

Leif Ericsson ya no miraba a Helga austeramente, sino que sonreía lleno de satisfacción.

—No te ocultaré, Helga querida, la alegría que me causa el volver a verte a mi

lado cuando creía que habría de permanecer mucho tiempo alejado de ti.

Helga sonreía, satisfecha de su triunfo.

—Ya sabía yo que me perdonarías, Ericsson. Además de un segundo padre, eres para mí el mejor y más amable de los amigos.

—Y algo más, Helga.

Pronunció estas palabras sin cesar de sonreír y mirándola fijamente.

—¿Algo más? — preguntó Helga sin comprender.

—Sí. ¿Acaso no te comunicó mi madre lo que pensaba hacer al regresar de mi viaje?

—No, Ericsson. ¿Qué pensabas hacer?

—Pues casarme contigo — repuso Leif con naturalidad.

No supo Helga cómo pudo contener un grito de angustiosa sorpresa, cómo pudo permanecer inmóvil en el canapé en que estaba sentada, cómo pudo su corazón enamorado soportar la tremenda noticia. Todo lo que hizo fué mirar a Leif con estupor, mirada que no extrañó al joven Viking. Para él, acostumbrado a los grandes ries-

gos, no podía tener mucha emoción una aventura matrimonial; pero Helga era mujer y muy sensible. Era muy natural que recibiera con sorpresa una noticia de tal índole.

—Sí, Helga. Hace mucho tiempo que he concebido el propósito de casarme contigo y ya que estás de nuevo a bordo, celebremos la boda cuando cambie la luna, siguiendo la costumbre de nuestra raza.

En aquel culminante minuto, Helga pasó rápidamente de la estupefacción a la lucidez. Comprendió que si se negaba, Ericsson exigiría una explicación que ella no le podría dar, porque la confesión hubiera equivalido a perder a Alwin. El Vikingo no podría consentir que le rechazara por otro. Su orgullo le ojaría y sería capaz de condenar a su rival a muerte. El desamor y el despecho convierte a una persona en fiera con suma facilidad y rapidez.

Todo esto comprendió Helga en aquel momento culminante. Por eso calló y aceptó la proposición de aquel hombre, al que profesaba un filial afecto, pero al que no podía querer con amor de amar.

VI

Llevaban ya muchos días de viaje y no se columbraba el menor vestigio de tierra.

Comenzó a cundir el pánico entre aquellos hombres supersticiosos. Ya debía de faltar muy poco para llegar al límite del mundo. En primer lugar, saldrían a su encuentro los terribles monstruos marinos para devorarlos, y si se libraban de este peligro, caerían en el otro, mucho más terrible: el abismo sin fondo, en el que la galera se precipitaría entre las aguas desbordadas del mar del Norte.

—¿Queréis libraros de la muerte?—preguntó Egil el Negro a uno de los aterrados tripulantes.

—¿Cómo?—preguntó éste ávidamente.

—¿Qué hemos de hacer?—inquirió otro que había escuchado la tentadora proposición.

—Sólo un medio hay—repuso Egil—. Pero lo primero que habéis de hacer es perder el miedo a Leif Ericsson.

—Si no le temiéramos —dijo uno— hubiéramos empezado por no seguirle en esta descabellada aventura.

Egil miró a un lado y a otro para asegurarse la impunidad y, una vez se convenció de que nadie podía delatarle, añadió:

—No debéis temerle porque yo estoy a vuestro lado y mi brazo es más fuerte y más diestro que el suyo. Si os decidís a rebelaros, contad conmigo y entonces estad seguros de que volveremos para el Este en seguida. Leif Ericsson es un fanático de su Dios. Mirad ese crucifijo que se balancea a la puerta de su camarote. Cree que él será suficiente para librarle de la muerte que se le avecina y que se nos avecina a todos. Pero yo os aseguro que uno solo de los monstruos que guardan el límite del mar puede tragarse, no únicamente ese crucifijo, sino nuestra nave entera.

Un hondo espanto se leía en todas las miradas. Todos abrían los ojos desmesuradamente y los fijaban en la inmensidad del mar como si vieran en él el trágico límite.

De pronto, se abrió la puerta del camarote de Ericsson y el grupo se dispersó, pe-

ro uno de los tripulantes había resuelto jugarse el todo por el todo, impulsado por su tremendo pánico y, descolgando el crucifijo que se balanceaba en el dintel del camarote del Viking, lo arrojó al mar.

Echaban lumbre sus ojos. Temblaba todo él, presa de un loco terror, y exclamó, cayendo a los pies de su jefe:

—Ahora ya no te acompaña tu dios. Ahora ya no podrá salvarte de la muerte. Pongamos proa al Este.

Su voz era trémula e imploraba desgarrada como un sollozo.

Toda la tripulación le había rodeado y demostraba con su actitud que participaba de la opinión y de los terrores del enloquecido compañero.

—¿Es esto una rebelión? — exclamó el Viking con un gesto lleno de amenaza y de ira... Calláis, lo que es lo mismo que responder afirmativamente. Pues bien; he aquí mi respuesta. Creí tener hombres en mi tripulación y ahora me doy cuenta de que sólo cobardes mujerzuelas me acompañan. Estamos embarcados en la más gran-

de aventura de la historia y por nada del mundo volveremos atrás.

Desenvainó la espada y ordenó:

—¡A los remos, miserables! A los remos, o empuñad vuestros cuchillos, pues estoy dispuesto a batirme con todos a la vez.

Había surgido el verdadero Viking, el hombre que mandaba porque nadie podía disputarle el mando, el más fuerte, el más diestro y el más valiente de todos.

Sigurd ató y condujo al camarote del castigo al que había roto el fuego, arrojando al mar el crucifijo que pendía en la puerta del camarote de Ericsson, y este hecho fué suficiente para que los demás acabaran de convencerse de su impotencia ante el Viking.

—¡A los remos! El que vacile será arrojado al mar inmediatamente.

Todos, incluso los más fuertes, humillaron la cabeza y la mirada y volvieron a sus puestos para empuñar sus remos.

Egil el Negro, al ver fracasados sus planes, se había colocado al lado del viking.

—Habremos de vigilarlos estrechamen-

te, Leif Ericsson. Parece ser que estos muchachos van perdiendo la razón a causa del pánico y si ahora hemos conseguido reducirlos, otra vez podrán sorprendernos a traición.

* * *

Desde entonces, Egil el Negro no cesó de preparar una segunda rebelión que no fracasara como la anterior.

Con terribles relatos acrecentó el pánico, que henchía todos los pechos, y al mismo tiempo encendió en ellos la llama del odio contra Leif Ericsson.

Para que no hubiera lugar al fracaso, él mismo quitaría la vida al viking y, suprimido el enemigo más temible, estaba seguro de que ya nada detendría a aquellos hombres, enloquecidos por el terror.

El momento sería el de la boda de Ericsson con Helga.

Cuando ella fuera a beber en el recipiente de barro el líquido de la fidelidad, según costumbre de aquellos intrépidos aventureros, él levantaría la espada y la dejaría caer sobre la cabeza de Ericsson, matando

al odiado rival de amor, y dando al mismo tiempo la señal para el levantamiento.

"Entonces sí que no habrá nadie que pueda disputarme a Helga", se decía Egil con malsana alegría.

* * *

Era el día señalado para la boda y también para la realización de los planes de Egil el Negro.

En su camarote estaba Helga vestida de blanco, tan bella como triste en sus galas nupciales, y pidiendo a Dios le ayudara en aquel momento tan terriblemente angustioso de su vida.

Fué Ericsson por ella y la condujo al centro de la nave. Allí, bajo el cielo infinito, en medio de la cubierta, había de celebrarse la breve ceremonia matrimonial. Había en el suelo un recipiente de barro y todos los tripulantes de la galera lo rodeaban.

Entre ellos estaba el joven Alwin, aplomado por la tristeza. Aquel mismo día, Helga le había dicho que sólo lo quería a él, pero que no tenía más remedio que obe-

decer a aquel hombre al que todo se lo debía.

Algo semejante ocurría a Alwin. Estaba en deuda de gratitud con Leif Ericsson por el mucho bien que le había hecho y también él estaba dispuesto a afrontar el tremendo sacrificio.

Llegaron Ericsson y Helga. Ella estaba pálida como su vestido y sólo porque se apoyaba en el férreo brazo de él podía evitar la caída.

Llegaron al centro del carro y se arrodillaron ante el recipiente. Helga tendió hacia él las manos temblorosas, lo cogió y se lo llevó a los labios.

Era el momento que Egil el Negro esperaba. No podía faltarle valor porque Helga estaba en aquel instante más hermosa que nunca y la llama de la pasión se había avivado considerablemente en su pecho.

Se acercó por la espalda a Ericsson y levantó el pesado acero con ambas manos.

Pero no había contado con que Alwin estaba tan cerca de Ericsson como él. El noble joven había advertido a tiempo el mo-

vimiento homicida del traidor y se interpuso entre el acero criminal y la víctima.

Fuó herido él en un hombro, pero el viking estaba a salvo.



Llegaron al centro del corro...

Ocurrió todo esto en menos tiempo del que se emplea para contarlo. Y también con rapidez extraordinaria Ericsson se volvió al oír el ruido que el cuerpo de Alwin producía al caer y, viendo a Egil con la espada en la mano y advirtiendo que toda

la tripulación menos el fiel Sigurd estaba armada y dispuesta para el ataque, lo comprendió todo y se aprestó a la defensa antes de que una segunda mano homicida pudiera levantarse contra él.

Descendió sus dos espadas y, con una en cada mano, se abalanzó sobre Egil y le hundió una en cada costado.

Cayó el traidor herido de muerte, pero no había lanzado aún el último suspiro y ya estaba la mitad de los hombres desarmada y la otra mitad reducida por las dos diestras espadas del Viking y por la hábil y valiente del fiel Sigurd.

¡A los remos todo el mundo!—vociferó Ericsson.

Pero he aquí que al volverse para acudir al lado de la que había de ser su esposa, descubrió algo mucho más doloroso que la traición de su primer oficial.

Helga estaba arrodillada al lado del cuerpo exánime de Alwin y le abrazaba y le besaba llorando desesperadamente.

—¡Helga!—rugió enloquecido.

Helga alzó los ojos, aquellos ojos arrasados en lágrimas acusadoras y confesó:

—Sí, le amo.

Y de nuevo volvió a abrazarse amorosamente a la querida cabeza.

Irguióse el Viking. Fué como si en un segundo hubiera toda la generosidad de su robusto pecho.

Se volvió a sus hombres, que contemplaban la escena inmobilizados por la cobardía del reciente castigo, y exclamó:

—Vosotros sois testigos de la infidelidad de esta mujer y de este soldado, a los que di mi confianza y mi afecto.

Y levantó la espada para dejarla caer sobre ambos.

Pero sus ojos tropezaron con el nuevo crucifijo que se balanceaba sobre la puerta de su camarote y fué como si un relámpago de indulgencia y de lucidez inundara su alma.

Y arrojó la espada lejos de sí y derramó una lágrima en silencio.

—¡Tierra!—gritó de pronto una voz.

—¡Tierra!—repitió otro.

—¡Tierra!—dijeron a coro varios tripulantes.

Y aquellas lágrimas que habían comen-

zado por expresar el dolor en los ojos de Ericsson acabaron por ser símbolo de alegría y de fe en aquel Dios que le había llevado al triunfo más hermoso de su vida.

* * *

Tomaron posesión de aquellas tierras, que siglos después habían de llamarse América del Norte, y transcurridos algunos días, los precisos para que Alwin sanara de su herida, se celebró la boda del noble inglés con la hija adoptiva del Viking.

El propio Ericsson la apadrinó.

El matrimonio se estableció en el nuevo mundo con parte de la tripulación y el Viking emprendió el regreso a Groenlandia para dar a su padre la feliz noticia.

¿Qué sería de aquellos primeros colonos de América, de aquella pareja que no ha dejado huella en la Historia? Nadie lo sabe, nadie tiene el menor indicio... pero todos, todos los que conocen los hechos que acabamos de relatar, están seguros de que América fué para ellos un paraíso de felicidad y de amor...

FIN

En breve, la magnífica novela en veinte cuadernos

**De vendedora de periódicos
a estrella de cine**

Inmejorable presentación
Portada a colores
Ilustraciones en el texto,
ameno y nutrido

**1 cuaderno semanal
los jueves**

Precio: 25 céntimos

Se admifen suscripciones

¡La mejor novela del año!

MAÑANA, día 3 de Enero,
aparecerá la nueva publicación semanal, de asuntos modernos

La Novela

EVA

con

**La rubia
del taxímetro**

Novela inédita, original del conocido escritor
DOMINGO DE FUENMAYOR

Portada a color
Ilustraciones en el texto

PRECIO: 30 céntimos

Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

El Conde de Montecristo

La mujer ligera

Virgenes modernas

El pagano de Tahití



Ya se ha puesto a la venta:

Estrellas dichosas

por
JANET GAYNOR y CHARLES FARRELL.

Precio: 1 peseta



E. B.

Tipografia Barcelonès
Arteta, 109. Tel. 1368
BARCELONA